

Lolita.com

Edgardo Bermejo Mora*

Tay Kim Kuan, ahora lo sabemos, es un ingeniero industrial de Singapur de 45 años de edad, casado y con dos hijos, director de una empresa reconocida y sin otra afición notable en sus ratos libres que la de pasar largas sesiones frente a su computadora, conectado al Internet, lo que en una ciudad como ésta, con la mayor tasa mundial de conexiones a la red por habitante, es un asunto sumamente ordinario y común.

El señor Kim, sin embargo, se reservaba para sí el hecho de que la cartografía habitual de sus viajes en las red solían conducir a un sitio de conversación en línea (el chat "Singapore30+.com.sg") orientado, como su nombre lo sugiere, a personas mayores de 30 años y con una afición comprobada por hablar de cosas propias de adultos en la red, entre ellas, naturalmente, de sexo y otros asuntos febriles.

El pasado mes de septiembre el señor Kim, cuyo apodo en el chat desconocemos, pero que para efectos de esta historia de la vida real quisiéramos imaginar como "Humbert", se encontró de pronto conversando plácidamente con una chica invisible—como es de suponerse en estos casos—, al parecer afectada por una suerte de tifón hormonal, que se encargó de reportarle a su nueva pareja virtual con toda la nitidez lúbrica que uno podría imaginar para conversaciones en línea con el sello triple x. Durante las varias encerronas virtuales que ambos se pusieron en uno de los "cuartos privados" del sitio de marras se habrán dicho de todo, el anonimato de la red suele ser un buen aliado de los arrebatos del cuerpo y la incontinencia verbal que no requiere de látex, por lo que al cabo de varios intentos virtuales terminaron por sucumbir a la tentación de una cita a ciegas, en el estacionamiento subterráneo de un hospital cerca del aeropuerto de Changi, con el claro propósito de pasar de la especulación

y el alarde a la más alemana y explícita vía de los hechos.

Ocurrió entonces que en la fecha prometida, un viernes cualquiera a la hora originalmente destinada para el almuerzo, Humbert Kim Kuan condujo su BMW al lugar acordado. Cuando por fin se encontró en la oscuridad del estacionamiento con su promesa de amante, lo primero que le sorprendió al ingeniero Kim Kuan—que no a Humbert, a quien lejos de sorprender debió fascinar—fue la extrema juventud de la chica internauta, que se delataba no tanto en el contorno exquisito de sus proporciones femeninas, como en sus ademanes pueriles y su rostro aún infantil. Como sea, la chica exudaba deseo por cada uno de los poros, y apenas subió al auto le confesó que a pesar de la cortedad de sus años las fiebres sexuales la consumían y se encontraba ávida hasta la exasperación. Siendo así, es fácil comprender por qué enseguida aquella pareja de desconocidos se entregaron a la tarea de ayuntarse con lujuria en la incomodidad de la parte delantera del automóvil. Así estaban, cuando debieron interrumpir la sesión al llamado trepidante de un escuadrón de la policía secreta que les ordenaba bajar del automóvil con las manos en alto y el zipper abajo. Sólo entonces el ingeniero reputado de 45 años de edad—Humbert, por supuesto, había huído de la escena sin dejar huella con la misma facilidad que lo hacía al desconectarse del chat cuando mejor le parecía—supo que sería detenido por los cargos de perversión de menores y conducta inmoral, y sólo entonces descubrió que la chica—a quien por esta vez sería justo apodarar como "Lolita Wong"—tenía 15 años de edad.

Tay Kim Kuan cumple ahora una condena de un año en la prisión de Changi—muy cerca, por cierto, de la escena del crimen—, y además debió pagar una multa equivalente a 50 mil pesos mexicanos por



* Escritor. Corresponsal de NOTIMEX en Singapur

las ofensas cometidas a las leyes locales. El hundimiento de su reputación, la pérdida de su empleo y la destrucción de la unidad familiar no entran en las cuentas de la implacable justicia de Singapur y no vienen tampoco al caso en esta historia.



Hasta este punto de la narración no hay nada sorprendente ni novedoso pues lo cierto es que en la mayor parte del mundo se considera un delito el contacto sexual con menores, y a decir verdad este tipo de incidentes ocurren en cualquier otra latitud, sin distingo de climas o costumbres sociales. Dos últimos datos, sin embargo, aderezan esta trama en la que intervienen los misterios de la carne y el Internet, o para decirlo de otro modo, de la biología y la computación.

Días más tarde, el ingeniero Kim supo que no sería el único en presentarse ante un tribunal a causa de su relación ilegal con Lolita Wong. Aquella nínfula oriental de sexualidad indomeñable y un poder de seducción irresistible había sido la causante de que otros cuatro caballeros de Singapur fuesen acusados de sucumbir a los cantos deliciosos de la sirena precoz y procaz, que seducía a sus víctimas en los mares uliséricos del Internet con una paciencia y una pericia de lamia. Alfonso Chan, un fotógrafo de 33 años de edad;

James Yong, periodista de 25; Tay We Jin, de 32, esperan sentencia, todos ellos acusados de haber sido presas del mismo mal que hermana a Lewis Carroll, a Michael Jackson y de manera involuntaria al infortunado ingeniero Kim.

Ahora sabemos que Lolita Wong, en la mocedad de los quince, alejada de las muñecas y de los adolescentes tentones, poseedora de una sexualidad a flor de piel e ingobernable, acostumbraba visitar las páginas donde se dan vuelo los tiburones de la red que buscan un rato de diversión erótica a distancia y a resguardo del contagio viral propio de otras prácticas de mayor riesgo. La nínfula de la triple W tenía bien diseñada su estrategia: una vez que el escualo treintón y calenturiento andaba cerca, soltaba el anzuelo con alguna insinuación estremecedora en la que la edad se omitía o se exageraba. Una vez localizado el objetivo citaba a la presa en un "cuarto

privado" donde habría de continuar la faena luego de muchos besos y fajes virtuales, que podían repetirse por varios días, hasta que de la *Matrix* insabora e inolora se pasaba inevitablemente a la cita de carne y hueso en algún punto de la ciudad, incluyendo su propio departamento, cuando los padres de Lolita salían a trabajar o de compras, por lo que pasaba la mayor parte sola, caliente, y en casa. Para mas referencias del personaje singular, sabemos que Lolita repartía su tiempo entre el colegio y un empleo de media jornada en su propio domicilio, y que consistía en la redacción de obituarios para una extrañísima página funeraria de la red de Singapur, que en una traducción muy libre habremos de llamar pompasfunebres.com. De modo que, ante el juez, los abogados de los padres, porque no se podría decir que eran los de ella, alegaron que la niña era víctima de su propia biología y del llamado prematuro de la carne que la tiranizaba como a una loba en celo. Según los últimos reportes, Lolita evitó la estancia en un centro de readaptación juvenil a cambio de comprometerse

a la supervisión periódica de un psiquiatra y de jurar que el Internet no sería más la arena virtual de sus desenfrenos.

El segundo dato que adereza esta historia no es menos perturbador, pues a todo esto es preciso preguntarse cómo dieron las autoridades de Singapur con los devaneos carnales de nuestra querida Lolita. La respuesta es muy simple: en una ciudad como ésta, uno de los reductos más acabados del autoritarismo paternal en la era de la globalización, el gobierno singapurense ha destinado a una suerte de policías encubiertos que vigilan las páginas de conversación en línea a la caza de infractores de todo tipo. Sólo así se explica que a la chica se le permitió seguir adelante con sus planes, hasta que se procedió a la redada de los lujuriosos usuarios de la red. El primero en caer fue el señor Kim, a quien se le sorprendió con las manos en la masa, y al resto se les procesó sin evidencia *in fraganti*, pero con la documentación necesaria —se incluye revisión de sus correos electrónicos y sus cuentas en ICQ— que prueban sus citas coitales con la menor.

Singapur no es el único país del mundo que se afana en la búsqueda de mordazas y reglamentaciones para los usuarios del Internet, pero ciertamente lo hacen con una diligencia y una precisión intimidante. Si un usuario cualquiera, conectado a la red desde un servidor local, pulsa en alguna página de búsqueda las tres letras del mal proscrito: "sex", enseguida aparecerá en su pantalla un bando virtual en el que se advierte que ese tipo de páginas están prohibidas en la isla, y que de continuar con las pesquisas se hará acreedor a diversos tipos de sanciones, que van desde la cancelación de su cuenta, hasta el destino cruel que une a Lolita Wong y sus infortunados amantes. *

